

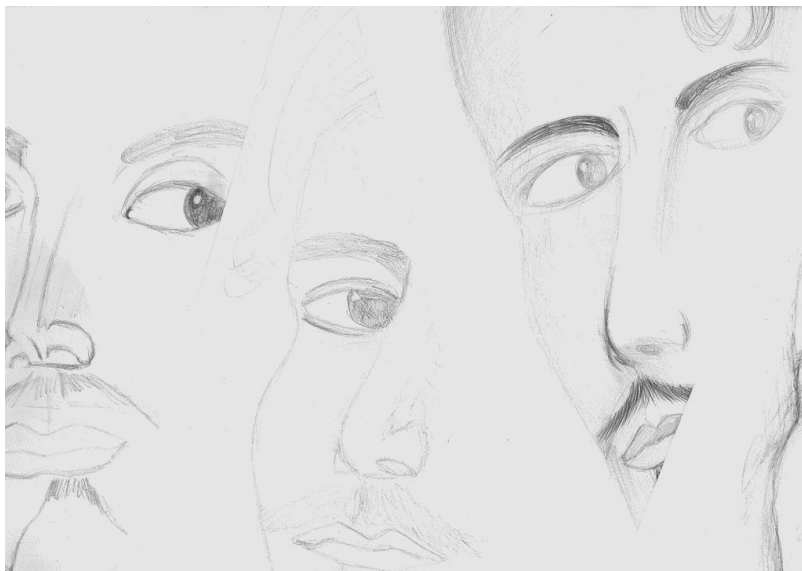
*El rayo de luna* Gustavo Adolfo Bécquer

## El rayo de luna de Gustavo Adolfo Bécquer<sup>1</sup>

Leyenda adaptada al nivel B1 del  
Marco Europeo de las Lenguas

por un grupo de alumnos y profesores del  
IES Lucía de Medrano de Salamanca

En el Proyecto Erasmus+  
“Competencia Plurilingüe y  
Multicultural en la Era Digital”  
2017/2020



Yo no sé si esto es una historia que parece cuento o un cuento que parece historia; lo que puedo decir es que en su fondo hay una verdad, una verdad muy triste.

Otro, con esta idea, tal vez hubiera hecho un tratado de filosofía; yo he escrito esta leyenda, que al menos podrá entretener un rato incluso a los que no vean nada en su fondo.

### Parte - I -

Era noble, había nacido entre el estruendo<sup>2</sup> de las armas, y el inesperado sonido de una trompa de guerra no le hacía levantar la cabeza un instante ni apartar sus ojos del pergamino en que leía la última cantiga<sup>3</sup> de un trovador.

Los que querían encontrarle no debían buscarle en el ancho patio de su castillo, donde los criados domaban los potros<sup>4</sup>, los pajes enseñaban a volar a los halcones<sup>5</sup> y los soldados se entretenían los días de reposo en afilar sus lanzas.

-¿Dónde está Manrique?, ¿dónde está vuestro señor? -preguntaba algunas veces su madre.

-No sabemos -respondían sus servidores-; quizá estará en el patio interior del Monasterio de la Peña, sentado al borde de una tumba, esperando a ver si oye alguna conversación de los muertos, o en el puente, mirando correr las olas del río por debajo de sus arcos; o acostado junto a una roca y entretenido en contar las estrellas del cielo, en seguir una nube con la vista o en contemplar los fuegos fatuos<sup>6</sup> que cruzan como veloces suspiros sobre la superficie de las lagunas. En cualquier parte estará, menos en donde esté todo el mundo.

En efecto, Manrique amaba la soledad, y la amaba de tal modo, que algunas veces hubiera deseado no tener sombra, para que su sombra no le siguiese a todas partes.

Amaba la soledad, porque en ella, liberando la imaginación, creaba un mundo fantástico, habitado por extrañas criaturas, hijas de su imaginación y de sus ensueños de poeta; porque Manrique era poeta,

<sup>1</sup>Gustavo Adolfo Bécquer (Sevilla, 1836-Madrid, 1870), poeta y narrador español, representante destacado del **Romanticismo**.

<sup>2</sup>Estruendo.- Ruido grande, confusión, alboroto.

<sup>3</sup>Cantigas.- Poesías medievales compuestas por trovadores (músicos y poetas). El que tocaba y cantaba estas poesías podía ser un trovador o un juglar (el juglar solo era intérprete). Es el género típico de la poesía medieval gallegoportuguesa (siglos XII-XIV).

<sup>4</sup>Potro.- Nombre que recibe el caballo desde que nace hasta que muda los dientes de leche que, generalmente, es a los cuatro años y medio de edad.

<sup>5</sup>Halcón.- Ave rapaz utilizada por los nobles para la caza de cetrería.

<sup>6</sup>Fuegos fatuos.- Llamas pequeñas que se forman en los pantanos o en las lagunas de agua estancada por inflamación de sustancias orgánicas que se descomponen.

### *El rayo de luna* Gustavo Adolfo Bécquer

era un poeta tan puro, que ni siquiera se había atrevido nunca a encerrar sus pensamientos al escribirlos.

Creía que entre las rojas ascuas<sup>7</sup> de la chimenea habitaban espíritus de fuego de mil colores, que corrían como insectos de oro a lo largo de los troncos encendidos o danzaban en una luminosa ronda de chispas en la cima de las llamas, y se pasaba las horas muertas sentado junto a la alta chimenea, inmóvil y con los ojos fijos en la lumbre.

Creía que en el fondo de las ondas del río, entre los musgos de la fuente y sobre los vapores del lago vivían unas mujeres misteriosas, hadas<sup>8</sup> o ninfas<sup>9</sup>, que exhalaban lamentos y suspiros, o cantaban y se reían en el rumor uniforme del agua, rumor que Manrique oía en silencio intentando traducirlo.

En las nubes, en el aire, en el fondo de los bosques, en las grietas de las rocas, imaginaba percibir formas o escuchar sonidos misteriosos, formas de seres sobrenaturales, palabras incomprensibles que no podía entender. ¡Amar! Había nacido para soñar el amor, no para sentirlo. Amaba a todas las mujeres un instante: a esta porque era rubia, a aquella porque tenía los labios rojos, a la otra porque se cimbreaba<sup>10</sup>, al andar, como un junco<sup>11</sup>.

Algunas veces llegaba su delirio<sup>12</sup> hasta el punto de quedarse una noche entera mirando a la luna, que flotaba en el cielo entre un vapor de plata, o a las estrellas, que temblaban a lo lejos como piedras preciosas. En aquellas largas noches de poético insomnio<sup>13</sup>, exclamaba:



-Si es verdad que es posible que esos puntos de luz sean mundos; si es verdad que en ese globo de nácar<sup>14</sup> que rueda sobre las nubes habitan gentes, ¡qué mujeres tan hermosas serán las mujeres de esas regiones luminosas, y yo no podré verlas, y yo no podré amarlas!... ¿Cómo será su hermosura?... ¿Cómo será su amor?

Manrique no estaba aún lo bastante loco para que le siguiesen los muchachos, pero sí lo suficiente para hablar y gesticular a solas, que es por donde se empieza.

<sup>7</sup>**Ascuas.**- Trozo de una materia cuando arde ya sin llama. *En la chimenea ya solo quedaban las ascuas.*

<sup>8</sup>**Hadas.**- Ser fantástico con forma de mujer, a quien se atribuyen poderes mágicos.

<sup>9</sup>**Ninfas.**- Deidades de las aguas, de los bosques, de las selvas, etc.

<sup>10</sup>**Cimbrear.**- Mover un objeto largo y delgado sujetándolo por uno de los extremos. *Los juncos se cimbreaban.*

<sup>11</sup>**Junco.**- Planta que se cría en lugares húmedos, de tallos largos y flexibles.

<sup>12</sup>**Delirio.**- Estado en el que padece alucinaciones, percepciones que solo él puede ver.

<sup>13</sup>**Insomnio.**- Vigilia, falta de sueño.

<sup>14</sup>**Nácar.**- Material blanco y brillante que se extrae de concha de los moluscos, que se usa para fabricar piezas de joyería. Aquí, **globo de nácar.**- se refiere a la luna.

## *El rayo de luna* Gustavo Adolfo Bécquer

### Parte - II -

Sobre el Duero, que pasaba lamiendo las desgastadas y oscuras piedras de las murallas de Soria, hay un puente que conduce de la ciudad al antiguo convento de los Templarios<sup>15</sup>, cuyas posesiones se extendían a lo largo de la opuesta ribera del río.

En la época a que nos referimos, los caballeros de la Orden de los Templarios habían abandonado ya sus fortalezas; pero aún quedaban en pie los restos de los anchos torreones de sus muros; aún se veían, como en parte se ven hoy, cubiertos de hiedra y campanillas blancas, los macizos arcos de su claustro, las galerías ojivales de sus patios de armas, en las que suspiraba el viento, agitando las altas hierbas.

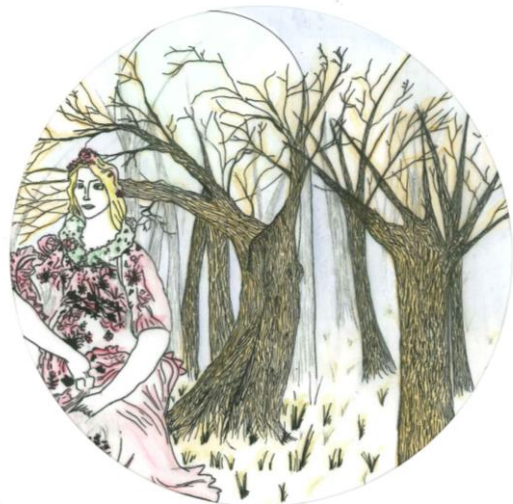
En los huertos y en los jardines, cuyos senderos no pisaban hacía muchos años los pies de los religiosos, la vegetación, abandonada a sí misma, desplegaba todas sus galas, sin temor a que la mano del hombre la mutilase<sup>16</sup>, creyendo embellecerla. Las plantas trepadoras subían por los añosos troncos de los árboles; las sombrías calles de álamos, cuyas copas se tocaban, se habían cubierto de césped; los cardos silvestres brotaban en medio de los caminos, y en dos trozos de muro, próximos a caerse, el jaramago<sup>17</sup> y las campanillas blancas y azules, balanceándose como en un columpio sobre sus largos y flexibles tallos, pregonaban la victoria de la destrucción y la ruina.

Era de noche; una noche de verano, templada, llena de perfumes y de rumores agradables, y con una luna blanca y serena en mitad de un cielo azul, luminoso y transparente.

Manrique, presa su imaginación de un vértigo de poesía, después de atravesar el puente, desde donde contempló un momento la negra silueta de la ciudad, que se destacaba sobre el fondo de algunas nubes blanquecinas y ligeras en el horizonte, se internó en las desiertas ruinas de los Templarios.

La media noche tocaba a su punto. La luna, que había ido remontando lentamente, estaba ya en lo más alto del cielo, cuando, al entrar en una oscura alameda que conducía desde el derruido claustro a la orilla del Duero, Manrique exhaló un grito leve, ahogado, mezcla extraña de sorpresa, de temor y de alegría.

En el fondo de la alameda había visto agitarse una cosa blanca, que flotó un momento y desapareció en la oscuridad. La orla<sup>18</sup> del traje de una mujer, de una mujer que había cruzado el sendero y se ocultaba entre las hojas, en el mismo instante en que el loco soñador de imposibles penetraba en los jardines.



### Parte - III -

Llegó corriendo hasta el punto en que había visto perderse entre las ramas a la mujer misteriosa. Había desaparecido. ¿Por dónde? Allá lejos creyó ver de nuevo, entre los troncos de los árboles, como una claridad o una forma blanca que se movía.

<sup>15</sup> **Convento de los Templarios.**- ver notas de *El Monte de las ánimas*.

<sup>16</sup> **Mutilase.- mutilar.**- Cortar o quitar una parte necesaria.

<sup>17</sup> **Jaramago.**- Planta herbácea con flores amarillas.

<sup>18</sup> **Orla.**- Orilla de una tela o de un vestido con algún adorno que la distingue.

## *El rayo de luna* Gustavo Adolfo Bécquer

-¡Es ella, es ella, que lleva alas en los pies y huye como una sombra! -dijo; y corrió en su busca, separando con las manos las redes de hiedra que se extendían como un tapiz<sup>19</sup> de unos en otros álamos. Llegó hasta un claro iluminado por la luna... ¡Nadie! -¡Ah, por aquí, por aquí va! -exclamó entonces-. Oigo sus pisadas sobre las hojas secas, y el crujido de su traje, que arrastra por el suelo y roza en los arbustos -y corría, y corría como un loco de aquí para allá, y no la veía-. Pero siguen sonando sus pisadas -murmuró otra vez-; creo que ha hablado; no hay duda, ha hablado... El viento que suspira entre las ramas; las hojas, que parece que rezan en voz baja, me han impedido oír lo que ha dicho; pero no hay duda, va por ahí, ha hablado..., ha hablado... ¿En qué idioma? No sé, pero es una lengua extranjera...



Y volvió a correr, unas veces creyendo verla, otras pensando oírla; ya notando que las ramas por donde había desaparecido se movían; ya imaginando distinguir en la arena la huella de sus pequeños pies; luego, firmemente convencido de que un perfume especial que aspiraba a intervalos era un aroma perteneciente a aquella mujer que se burlaba de él, complaciéndose en huir de él por entre aquella intrincada<sup>20</sup> vegetación. ¡Tarea inútil!

Vagó algunas horas de un lado a otro fuera de sí, ya parándose para escuchar, ya deslizándose con los mayores cuidados sobre la hierba, ya en una carrera frenética y desesperada.

Avanzando por entre los inmensos bosques que se extendían desde la orilla del río, llegó al fin al pie de las rocas sobre las que se eleva la ermita<sup>21</sup> de San Saturio.

-Tal vez desde esta altura podré orientarme para seguir mi búsqueda a través de ese confuso laberinto -exclamó trepando de peña en peña con la ayuda de su daga<sup>22</sup>.

Llegó a la cima, desde la que se descubre la ciudad a lo lejos y una gran parte del Duero que se retuerce a sus pies, arrastrando una corriente impetuosa y oscura por entre las curvas que lo encierran.

Manrique, una vez en lo alto de las rocas, miró a su alrededor; pero al fijar la vista en un punto, no pudo contener una blasfemia<sup>23</sup>.

La luz de la luna brillaba chispeando en la estela que dejaba detrás de sí una barca que se dirigía a toda prisa a la orilla opuesta.

En aquella barca había creído distinguir una forma blanca y esbelta, una mujer, sin duda la mujer

<sup>19</sup>**Tapiz.**- Paño grande que se colgaba en las paredes de los castillos para disminuir el frío y hacer más acogedoras sus habitaciones. Aquí, hay tanta hiedra en los álamos que forma como un tapiz.

<sup>20</sup>**Intrincada.**- Enredadas, complicadas, confusas.

<sup>21</sup>**Ermita.**- Capilla o santuario pequeños situados en despoblado.

<sup>22</sup>**Daga.**- Especie de cuchillo con dos filos.

<sup>23</sup>**Blasfemia.**- Palabra o expresión dañina contra algo sagrado. Se usa como exclamación para mostrar una gran contrariedad.



### *El rayo de luna* Gustavo Adolfo Bécquer

que había visto en los Templarios, la mujer de sus sueños, la realización de sus más locas esperanzas. Se descolgó de las peñas con la agilidad de un ciervo, lanzó al suelo el sombrero, para que su pluma no le estorbara para correr, y quitándose la ancha capa de terciopelo, partió como un rayo hacia el puente.

Pensaba atravesarlo y llegar a la ciudad antes que la barca tocara en la otra orilla. ¡Locura! Cuando Manrique llegó jadeante y cubierto de sudor a la entrada, los que habían atravesado el Duero por la parte de San Saturio, ya entraban en Soria por la puerta del mismo nombre, junto a la orilla del río.

#### **Parte - IV -**

Aunque sin esperanza de alcanzarlos, nuestro héroe aún confiaba en poder averiguar la casa hacia donde se dirigían. Fija en su mente esta idea, entró en la población, fue hacia el barrio de San Juan y comenzó a vagar por sus calles a la ventura.

Las calles de Soria eran entonces, y lo son todavía, estrechas, oscuras y tortuosas<sup>24</sup>. Un silencio profundo reinaba en ellas, silencio que sólo interrumpían de vez en cuando el lejano ladrido de un perro, el rumor de una puerta al cerrarse, el relincho de un caballo que hacía sonar la cadena que le sujetaba al comedero en las subterráneas caballerizas.

Manrique, con el oído atento a estos rumores de la noche, que unas veces le parecían los pasos de alguna persona en un callejón desierto; otras, voces confusas de gentes que hablaban a sus espaldas y que a cada momento esperaba ver a su lado, anduvo algunas horas corriendo al azar de un sitio a otro.

Por último, se detuvo al pie de un caserón de piedra, oscuro y muy antiguo, con los blasones<sup>25</sup> de su dueño esculpidos sobre su puerta; y al detenerse, brillaron sus ojos con una indescriptible expresión de alegría. En una de las altas ventanas ojivales de aquel palacio se veía un rayo de luz suave que, pasando a través de unas ligeras colgaduras de seda, se reflejaba en el oscuro y agrietado muro de la casa de enfrente.

-No hay duda; aquí vive mi desconocida -murmuró el joven en voz baja sin apartar sus ojos de la ventana-, aquí vive. Ella entró por la puerta de San Saturio...; por la puerta de San Saturio se viene a este barrio...; en este barrio hay una casa donde, pasada la media noche, aún hay gente en vela... ¿En vela? ¿Quién sino ella, que vuelve de sus nocturnas excursiones, puede estarlo a estas horas?... No hay más; esta es su casa.

En esta firme convicción, y revolviendo en su cabeza las más locas y fantásticas imaginaciones, esperó el amanecer frente a la ventana gótica, de la que en toda la noche no faltó la luz, ni él separó la vista un momento.

Cuando llegó el día, las pesadas puertas del arco que daba entrada al caserón giraron pesadamente sobre los goznes<sup>26</sup>, con un sonido prolongado y agudo. Apareció un criado con un manojito de llaves en la mano, restregándose los ojos y enseñando al bostezar unos dientes capaces de dar envidia a un cocodrilo.

Verle Manrique y lanzarse a la puerta todo fue uno.

-¿Quién habita en esta casa? ¿Cómo se llama ella? ¿De dónde es? ¿A qué ha venido a Soria? ¿Tiene esposo? Responde, ¡responde, animal!

Este fue el saludo que, moviéndole el brazo violentamente, dirigió al pobre criado, el cual, después de mirarle un buen rato con ojos espantados y estúpidos, le contestó con voz entrecortada por la sorpresa:

<sup>24</sup>**Tortuoso.**- Que tiene vueltas y rodeos.

<sup>25</sup>**Blasón.**- Escudo de armas que los nobles grababan en piedra en la fachada de sus casas.

<sup>26</sup>**Goznes.**- Bisagras, articulaciones metálicas sobre las que gira la puerta al abrirse.

### *El rayo de luna* Gustavo Adolfo Bécquer

-En esta casa vive el muy honrado señor D. Alonso de Valdecuellos, Montero mayor<sup>27</sup> de nuestro señor el Rey, que, herido en la guerra contra moros<sup>28</sup>, se encuentra en esta ciudad reponiéndose de sus dolores.

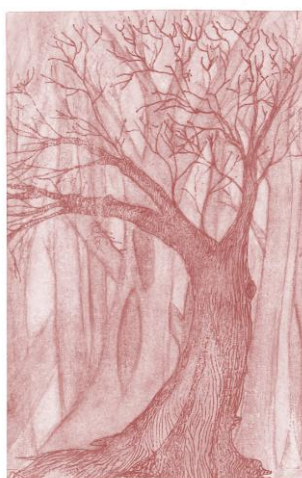
-¿Pero y su hija? -interrumpió el joven, impaciente-. ¿Y su hija, o su hermana, o su esposa, o lo que sea?

-No tiene ninguna mujer consigo.

-¿No tiene ninguna!... ¿Pues quién duerme allí en aquel aposento, donde toda la noche he visto arder una luz?

-¿Allí? Allí duerme mi señor D. Alonso, que, como se encuentra enfermo, mantiene encendida su lámpara hasta que amanece.

Un rayo cayendo de repente a sus pies no le hubiera causado más asombro que el que le causaron estas palabras.



### Parte - V -

-Yo la he de encontrar, la he de encontrar; y si la encuentro, estoy casi seguro de que la reconoceré... ¿Cómo?... Eso es lo que no podré decir..., pero debo reconocerla. El eco de sus pisadas o una sola palabra suya que vuelva a oír; un extremo de su traje, un solo extremo que vuelva a ver me bastarán para conseguirlo. Noche y día estoy mirando flotar delante de mis ojos aquellos pliegues de una tela diáfana y blanquísima; noche y día me están sonando aquí dentro, dentro de la cabeza, el crujido de su traje, el confuso rumor de sus incomprensibles palabras... ¿Qué dijo?... ¿Qué dijo? ¡Ah!, si yo pudiera saber lo que dijo, acaso...; pero, aún sin saberlo, la encontraré..., la encontraré; me lo dice el corazón, y mi corazón no me engaña nunca. Verdad es que ya he recorrido inútilmente todas las calles de Soria; que he pasado noches y noches al sereno; que he gastado más de veinte doblas<sup>29</sup> de oro en hacer hablar a dueñas y escuderos; que he dado agua bendita en San Nicolás a una vieja, arrebujaada con tal arte en su manto de lana, que me pareció un ser divino; y al salir de la Colegiata una noche de maitines<sup>30</sup> he seguido como un tonto el coche del Obispo<sup>31</sup>, creyendo que la orla de su vestido era el del traje de mi desconocida; pero no importa...; yo la he de encontrar, y la gloria de poseerla será mucho mayor que el trabajo de buscarla.

<sup>27</sup> **Montero mayor.**- Oficial de palacio encargado de servir al Rey en el monte, organizando las cacerías reales.

<sup>28</sup> Guerra contra moros, se refiere a la llamada **Reconquista.**- Proceso histórico, del siglo VIII al XV, en que los reinos cristianos lucharon hasta hacerse con el control de la Península Ibérica, que estaba en poder del dominio musulmán.

<sup>29</sup> **Doblas.**- Moneda castellana de oro de la Edad Media.

<sup>30</sup> **Maitines.**- Oración que se reza antes de amanecer.

<sup>31</sup> **Obispo.**- Autoridad religiosa superior de una diócesis.

### *El rayo de luna* Gustavo Adolfo Bécquer

¿Cómo serán sus ojos?... Deben de ser azules, azules y húmedos como el cielo de la noche; me gustan tanto los ojos de ese color; son tan expresivos, tan melancólicos, tan... Sí..., no hay duda; azules deben de ser; azules son, seguramente, y sus cabellos, negros, muy negros y largos para que floten... Me parece que los vi flotar aquella noche, a la par que su vestido, y eran negros...; no me engaño, no; eran negros.

¡Y qué bien sientan unos ojos azules, muy rasgados y grandes, y una cabellera suelta, flotando y oscura, a una mujer alta...; porque... ella es alta, alta y esbelta, como esos ángeles de ovalados rostros de las fachadas de nuestras iglesias!

¡Su voz!... Su voz la he oído... Su voz es suave como el rumor del viento en las hojas de los álamos, y su andar, rítmico y majestuoso como una música.

Y esa mujer, que es hermosa como el más hermoso de mis sueños, que piensa como yo pienso, que gusta como yo gusto, que odia lo que yo odio, que es un espíritu hermano de mi espíritu, que es el complemento de mi ser, ¿no se ha de sentir conmovida al encontrarme? ¿No me ha de amar como yo la amaré, como yo la amo ya, con todas las fuerzas de mi vida, con todas las facultades de mi alma?

Vamos, vamos al sitio donde la vi la primera y única vez que la he visto... ¿Quién sabe si, caprichosa como yo, amiga de la soledad y del misterio, como todas las almas soñadoras, se complace en caminar por entre las ruinas, en el silencio de la noche?

Dos meses habían transcurrido desde que el escudero de D. Alonso de Valdecuellos desengañó al iluso Manrique; dos meses, durante los cuales en cada hora había formado un castillo en el aire<sup>32</sup>, que la realidad desvanecía con un soplo; dos meses, durante los cuales había buscado sin éxito a aquella mujer desconocida, cuyo absurdo amor iba creciendo en su alma, gracias a sus aún más absurdas imaginaciones, cuando, después de atravesar, absorto en estas ideas, el puente que conduce a los Templarios, el enamorado joven se perdió entre las complejas sendas de sus bosques.

#### **Parte - VI -**

La noche estaba serena y hermosa; la luna brillaba en todo su esplendor en lo más alto del cielo, y el viento suspiraba con un rumor dulcísimo entre las hojas de los árboles.

Manrique llegó al claustro, miró por todo su recinto y a través de las sólidas columnas de sus arcadas... Estaba desierto.

Salió de él, encaminó sus pasos hacia la oscura alameda que conduce al Duero, y aún no había entrado en ella, cuando de sus labios se escapó un grito de alegría.

Había visto flotar un instante, y desaparecer, el extremo de un vestido blanco, del traje blanco de la mujer de sus sueños, de la mujer que ya amaba como un loco.

Corre, corre en su busca, llega al sitio en que la ha visto desaparecer; pero al llegar se detiene, fija los espantados ojos en el suelo, permanece un rato inmóvil; un ligero temblor nervioso agita sus miembros; un temblor que va creciendo, que va creciendo, hasta adquirir los síntomas de una verdadera convulsión<sup>33</sup>, y rompe, al fin, en una carcajada sonora, enloquecida, horrible.



<sup>32</sup> Hacer castillos en el aire.- Hacerse ilusiones sin fundamento.

<sup>33</sup> Convulsión.- Agitación violenta e involuntaria de los músculos del cuerpo, causada por la fiebre o por otra enfermedad.

### *El rayo de luna* Gustavo Adolfo Bécquer

Aquella cosa blanca, ligera, flotante, había vuelto a brillar ante sus ojos, pero había brillado a sus pies un instante, no más que un instante.

Era un rayo de luna, un rayo de luna que penetraba por momentos por entre la verde bóveda<sup>34</sup> de los árboles cuando el viento movía sus ramas.

Han pasado algunos años. Manrique, sentado en un sillón junto a la alta chimenea gótica<sup>35</sup> de su castillo, inmóvil casi y con una mirada perdida e inquieta como la de un idiota, apenas presta atención ni a las caricias de su madre ni a los cuentos de sus servidores.

-Tú eres joven, tú eres hermoso -le dice su madre-; ¿por qué te consumes en la soledad? ¿Por qué no buscas una mujer a quien ames, y que, amándote, pueda hacerte feliz?

-¡El amor!... El amor es un rayo de luna -murmura el joven.

-¿Por qué no despertáis de ese letargo<sup>36</sup>? -le dice uno de sus escuderos-; os vestís de hierro de pies a cabeza, mandáis desplegar al aire vuestra noble bandera, y marchamos a la guerra; en la guerra se encuentra la gloria.

-¡La gloria!... La gloria es un rayo de luna.

-¿Queréis que os diga una cantiga, la última que ha compuesto Arnaldo, el trovador provenzal?

-¡No! ¡No! -exclamó el joven incorporándose, colérico, de su sillón-. No quiero nada...; es decir, sí quiero..., quiero que me dejéis solo... Cantigas..., mujeres..., glorias..., felicidad..., mentiras todo, fantasmas vanos que formamos en nuestra imaginación y vestimos a nuestro antojo, y los amamos y corremos tras ellos. ¿Para qué? ¿Para qué? Para encontrar un rayo de luna.

Manrique estaba loco; por lo menos, todo el mundo lo creía así. Yo, por el contrario, creía que lo que había hecho era recuperar el juicio.



<sup>34</sup>**Bóveda.**-Techo, cubierta de una sala. Aquí, las hojas de los árboles forman una especie de techo por cuyas rendijas se cuele el rayo de luna.

<sup>35</sup>**Gótico.**- Estilo artístico de la Europa medieval desde el Siglo XII, que se caracteriza por los arcos apuntados u ojivales.

<sup>36</sup>**Letargo.**- Estado de somnolencia profunda y prolongada.